



Entrevista a Luis Maira

Este número de Puente @ Europa está dedicado al funcionamiento de la arena política, a la crisis de representación y a la pobre performance económica de los gobiernos en América Latina y otras regiones. La actual situación chilena, desde esta perspectiva, parece constituir una excepción. Éste es el punto de partida para nuestra entrevista a Luis Maira, reconocido intelectual y actual Embajador de Chile en la República Argentina, que jugó un importante papel en la transición democrática de su país.

Puente @ Europa (P@E): Existe una interpretación que liga la crisis de representación al cambio de la estructura económica interna de los países latinoamericanos (donde la oposición entre capital y trabajo ha dejado de ser central para explicar el desarrollo económico) y/o a los cambios sufridos en la arena internacional a partir de los años '80. ¿Cómo se recomponen finalmente las dos dinámicas -interna y externa- y cómo han influido sobre el reposicionamiento de las fuerzas sociales internas y, por lo tanto, sobre la cuestión de la representación?

América Latina está, en mi opinión, viviendo un momento bastante difícil, en el que se cruzan las dificultades económicas, los retos sociales y los problemas de la gobernabilidad política en muchos de los países. Siento, a la vez, que afortunadamente las complicaciones no son insuperables y existen márgenes para resolver los asuntos más urgentes de la agenda.

En este contexto es notorio el entrecruzamiento de los factores internos y

externos, lo cual es un dato muy importante a tener en cuenta.

En términos generales, el problema número uno es el del agravamiento de los cuadros de pobreza y desigualdad en las últimas dos décadas. Los pobres han pasado, en América Latina, de unos 130 millones en vísperas del estallido de la crisis de la deuda en 1982 a 221 millones al promediar la primera década del siglo XXI. El 44% de la población total del subcontinente vive bajo la línea de pobreza y 99 millones son indigentes, esto es, ni siquiera alcanza a resolver los problemas de subsistencia alimentaria. Esto se complica aún más en los países mayores -México y Brasil- con extensos espacios de disparidad productiva en que se concentran situaciones de modernidad o de atraso que hacen convivir dos países desencontrados en un mismo territorio nacional. Esto hace urgente el manejo simultáneo de dos agendas sociales, una de superación de la pobreza y otra de construcción de la equidad, y un manejo presupuestario para introducir pautas de equidad territorial que permita tener más programas sociales y gastar más recursos en las regiones y

localidades más pobres. Hay que emparejar los países para hacerlos más viables y en esto la cooperación intra latinoamericana puede desarrollar un papel muy positivo porque todos tenemos experiencias exitosas que se pueden replicar y también proyectos fallidos que pueden enseñar en el balance de los errores cometidos.

Está de más señalar que buena parte de las dificultades políticas y del debilitamiento de las convicciones democráticas de una parte de la población latinoamericana, que resulta muy inquietante, está asociada a la incapacidad que los gobiernos democráticos que reemplazaron a las dictaduras de seguridad nacional han tenido para resolver los problemas cotidianos de la gente, como la creación de empleo, el mejoramiento de los sistemas de educación o de salud, la integración de los más pobres a las ventajas de una buena administración de justicia o la integración de los pueblos indígenas. De nuevo aquí, lo nacional y lo regional se combinan inexorablemente.

P@E: Por otra parte, hay otras interpretaciones -de más largo plazo-

que centran la atención en factores de cultura política. A partir de este enfoque, consideran importante analizar el impacto de la transición sobre el sistema de representación, y en su interior, el rol que jugaron los partidos políticos. ¿Qué estrategias adoptan para reconstruir la arena política y para devolver no solo la “voz”, sino también la cohesión al tejido social, luego de una censura tan traumática? En la experiencia típica de Chile -nos referimos a “la Concertación”¹- ¿cuánto pesan las culturas políticas preexistentes a la dictadura y cuánto, en cambio, la convergencia que impone el hecho de haber tenido durante años un “enemigo común”? ¿Cómo se mantiene el método de la concertación luego de la salida de la escena de los militares? ¿Existía, aún desde antes de la dictadura, una convergencia “ideológica” entre las fuerzas políticas, un patrimonio ideológico común? ¿O bien se desarrolla una suerte de implícito consenso común, por el cual las elites políticas aprenden a gobernar juntas? En este caso, ¿a través de qué mecanismos funciona este proceso de aprendizaje?

La historia de América Latina y sus países es una larga epopeya para dejar atrás las experiencias autoritarias y avanzar a la edificación de sociedades democráticas. El último gran momento de este proceso se vivió en las décadas finales del pasado siglo. En los años ‘70 se generalizaron las dictaduras militares y en los países del sur como Brasil, Argentina, Uruguay y Chile tuvimos regímenes militares de nuevo tipo muy ligados a la ideología de la Guerra Fría que acabaron protagonizando los excesos brutales del terrorismo de estado y la exclusión social sistemática. En los años ‘80, las democracias volvieron, pero tuvimos que iniciar procesos de transición muy difíciles que acabaron instalando lo que Guillermo O’Donnell ha llamado “democracias de baja intensidad”.

Los nuevos gobiernos democráticos han hecho avances, no despreciables, en cuanto

a la limpieza de los procesos electorales y al origen legítimo de los gobernantes, pero no han podido avanzar en los asuntos ligados al desarrollo de las fuerzas productivas, al crecimiento económico y a una solución de los grandes problemas sociales acumulados.

En este cuadro se ha hecho evidente también la obsolescencia de los tradicionales regímenes presidenciales latinoamericanos que vienen del siglo XIX y que hoy son muy disfuncionales para cumplir las exigentes tareas que encaran. De hecho, el presidencialismo clásico ya no existe y se ha modificado de dos maneras antagónicas: cuando los gobiernos enfrentan crisis, sean estas económicas o sociales, la gente se manifiesta en la calle y presiona por el fin de estos gobiernos. Hasta ahora se han guardado las formas institucionales pero hemos tenido más de una docena de revocatorias de mandato de este tipo en la última década.

Por el contrario, cuando a un presidente le va bien cambia la Constitución e inventa la posibilidad de su reelección. También esto ha sido muy frecuente desde las primeras experiencias de Fujimori y Menem hasta las más recientes de Cardoso y Uribe. Esto se asemeja más a la lógica de los regímenes parlamentarios, por lo que resultaría muy útil abrir una discusión en profundidad sobre el mejor tipo de régimen político que pudiera ayudar a resolver los difíciles asuntos que los latinoamericanos tenemos por delante. Esto, a lo mejor, ayudaría a resolver, de paso, la crisis de representación y organización de los partidos políticos que están hoy a la deriva y reciben un fuerte rechazo en todas las consultas sobre legitimidad de las instituciones.

Uno ve en muchos países que las fuerzas más radicales en la derecha y en la izquierda han perdido espacio y que hay un núcleo considerable de ciudadanos que se inscriben en posturas de centro-izquierda o centro-derecha. Pero no aparecen los partidos o las coaliciones

que los representen debidamente. En tal sentido, experiencias como las de la Concertación Democrática chilena o la coalición uruguaya Frente Amplio-Nuevo Espacio son una excepción. De repente, tan importante como las plataformas partidarias para proponer nuevos proyectos nacionales son los esquemas para superar la extrema fragmentación política que prevalece en varios países (Perú, Bolivia y Ecuador son buenos ejemplos) que mucho dificultan su avance político.

P@E: ¿Cuál es el impacto de las reformas estructurales adoptadas en Chile durante la dictadura sobre el modo en el que los gobiernos civiles logran recuperar su propia credibilidad y dentro de la cual renacen los viejos partidos políticos? O sea, ¿contribuyen a reforzar o a debilitar la eficacia de las políticas públicas? Y, además, ¿cuál es la influencia de estas políticas en la reconstrucción de los programas de lucha de cada partido? ¿Se verifica el fenómeno -como en el caso de los partidos de izquierda europeos-, de una convergencia hacia un “pensamiento único” de matriz liberal orientado al mercado (de la que habla, por ejemplo, Perry Anderson refiriéndose al caso francés²)?

Creo que hay bastante de mito en el tema de las reformas estructurales de la dictadura militar chilena. Para empezar, es bueno recordar que el promedio de crecimiento de los 17 años de Pinochet fue de 2.9% de PIB, casi idéntico al registrado en el mismo período en los criticados tiempos previos a la crisis política de 1973. En cuanto a los esquemas intentados, el que se sustentó y proyectó con más eficacia fue el de la temprana apertura económica al sistema internacional. Los demás tópicos se manejaron de un modo casi fundamentalista, como el de la paridad rígida entre el peso y el dólar a \$ 39, y provocaron la inmensa crisis económica de 1982 en que Chile tuvo una caída de casi el 15% del PIB en un año. Por eso, lo que más conviene destacar es

[...] buena parte de las dificultades políticas y del debilitamiento de las convicciones democráticas de una parte de la población latinoamericana, que resulta muy inquietante, está asociada a la incapacidad que los gobiernos democráticos que reemplazaron a las dictaduras de seguridad nacional han tenido para resolver los problemas cotidianos de la gente, como la creación de empleo, el mejoramiento de los sistemas de educación o de salud, la integración de los más pobres a las ventajas de una buena administración de justicia o la integración de los pueblos indígenas. De nuevo aquí, lo nacional y lo regional se combinan inexorablemente.

[...] resultaría muy útil abrir una discusión en profundidad sobre el mejor tipo de régimen político que pudiera ayudar a resolver los difíciles asuntos que los latinoamericanos tenemos por delante. Esto, a lo mejor, ayudaría a resolver de paso la crisis de representación y organización de los partidos políticos que están hoy a la deriva y reciben un fuerte rechazo en todas las consultas sobre legitimidad de las instituciones.

el aprendizaje de los actuales dirigentes democráticos y de sus equipos técnicos para tener un manejo responsable y con estabilidad de los factores macroeconómicos. Pero también para combinar esa preocupación con un énfasis activo por la resolución de los problemas de pobreza, marginalidad y desempleo que hacían imposible avanzar hacia un contexto de mayor inclusión social. En Chile queda mucho por hacer en este terreno, especialmente en lo relativo a la injusta distribución del ingreso que debe dar lugar al principal esfuerzo del gobierno que asumirá en marzo del 2006, pero esto no debe oscurecer el acierto de haber trabajado tenazmente en una estrategia de desarrollo con dos motores complementarios: el fortalecimiento productivo y el desarrollo social. En ese sentido, con la suma de sus luces y sombras, lo ocurrido en Chile es una experiencia que puede ser interesante al definir los caminos propios de otros países latinoamericanos.

P@E: Uno de los ejes de interés de nuestra revista es la relación entre procesos nacionales y procesos regionales (supranacionales). También desde este punto de vista, Chile, manteniéndose fiel a su internacionalismo, por así decir, individualista, no parece estar interesado en apoyarse en los procesos de regionalismo que se están desarrollando en América Latina. ¿Por qué? ¿Es verdad, como dicen algunos en Europa refiriéndose a la antipatía de algunas fuerzas políticas de izquierda respecto a la Unión Europea, que ciertos partidos de izquierda prefieren una “Internacional de estados (socialistas)”, antes que la prospectiva de una asociación regional institucionalizada entendida como la personificación de un Leviatán anti-democrático y anti-político (como parte de la izquierda define a la Unión

Europea)? ¿O se trata simplemente, para los chilenos, de una escasa confianza en el nivel de desarrollo político y económico de los potenciales aliados? ¿Cómo influye en este comportamiento el hecho de que muchos gobiernos de América Latina estén hoy gobernados por partidos que comúnmente se definen “de izquierda”?

Me parece que los países latinoamericanos entendieron tarde y mal la magnitud de las transformaciones ocurridas a finales de los años '80, tanto en lo relativo a la transformación del sistema internacional, con el fin de la Unión Soviética y el proyecto comunista que caracterizó al orden bipolar de la segunda post-guerra, como al impacto de la enorme revolución científica técnica -la llamada tercera revolución industrial- que nos instaló a todos en un nuevo escenario de globalización.

En semejante entorno, el orden económico internacional acortó las opciones pero originó también una competencia multipolar entre tres macro regiones económicas, la Unión Europea en ampliación, la Comunidad Anglosajona de América del Norte, con Estados Unidos como su líder, y el heterogéneo -pero dinámico- conjunto de países del Asia del Pacífico, donde Japón sigue siendo un gigante industrial y China la mayor potencia emergente del planeta.

Chile ha intentado tener una política exterior, y en particular una estrategia económica internacional, que tome en consideración estos factores. Esto significa para nosotros trabajar consistentemente para que América Latina, o si esto no es posible, al menos América del Sur, sea una región con identidad en este nuevo escenario económico internacional de grandes regiones. Por ello respaldamos los proyectos de integración física, de integración energética y de lucha contra la

pobreza y desigualdad como nuevas claves de un proceso de integración regional más eficaz. Pero, al mismo tiempo, entendemos que la integración latinoamericana no es un proceso autárquico para encerrarnos entre nosotros y comerciar solo al interior de un bloque hermético, sino para que todos podamos concurrir en mejores condiciones, exportar nuestros productos y buscar nuevas tecnologías en los tres grandes espacios del mundo global. Eso explica los 14 tratados de libre comercio que Chile ha suscrito con 45 países, incluyendo por cierto a los latinoamericanos. En esta dimensión los acuerdos regionales serán respetados, pero cada proyecto nacional debiera poder definir con libertad en qué dirección buscar mercados para aumentar los flujos exportadores y definir bajo qué condiciones regular tal comercio.

Cuando uno sabe lo que quiere y trabaja para conseguirlo ayudan las afinidades ideológicas como la que los grandes partidos chilenos -el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Socialista y el Partido por la Democracia- mantienen con las fuerzas europeas, pero este es uno de los elementos de nuestro esfuerzo y debemos saber trabajar también con otras fuerzas políticas no tan afines en otros lugares del mundo si ello es necesario.

Notas

¹ La Concertación es una coalición de centro-izquierda formada por cuatro partidos (Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista, Partido por la Democracia y Partido Radical Social Democrático) nacida en 1988 para enfrentar la dictadura de Augusto Pinochet.

² Perry Anderson, “Union Sucrée”, en *London Review of Books*, Vol. 26, n. 18, 23 de septiembre de 2004.